

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

Dominica de Pasion.

Cuando meditamos atentamente el misterio de la Pasion de Jesucristo; cuando nos ponemos á medir, segun la limitada capacidad de nuestra inteligencia, la longitud, latitud y profundidad de ese océano de dolores donde vemos sumergido al Hijo de Dios; cuando seguimos el camino del Calvario por donde va el Justo cargado con la Cruz, llevando sobre sus hombros la inmensa pesadumbre de los pecados del mundo; cuando ponemos los ojos en ese cuerpo virginal, ensangrentado, destrozado por la tortura, hecho una llaga desde los piés á la cabeza, resalta la verdad enseñada por el Doctor Angélico (1) y confirmada por el

Doctísimo Esperanza (1), á saber; que el Hijo de Dios, padeció de todo, en todo y por todo. Padeció universalmente, porque todas las criaturas contribuyeron de alguna manera á la Pasion de Jesucristo. Los montes dieron campo á la crucifixion y fueron teatro de esta sangrienta tragedia. La tierra dió las espinas para la corona, el mar la esponja, el árbol la Cruz, el mineral el hierro, la vid el vinagre. Tomaron parte en la Pasion judíos y gentiles, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, principes y vasallos. Acusáronle los sacerdotes, los jueces le condenaron, los ancianos le impugnaban, los jóvenes le escarnecian, los discípulos le abandonan, Judas le vende, Pedró le niega. Padeció en

1 S. T. 3. p. q. 46, art 5.

1 Speranz. de Pasione Dom. punet. 27.

todo; en su fama por las calumnias, en el honor por las burlas, en la gloria por las contumelias, en sus cosas por el despojo de sus vestiduras; en su alma por la tristeza, el tedio y el temor, en su salud por las heridas, los desmayos y la muerte.

Padeció en todas las partes de su cuerpo; en la cabeza por la corona de las punzantes espinas; en el rostro por las bofetadas; en el sentido del tacto por los golpes y los azotes; en el gusto por la hiel y vinagre; en el olfato por el lugar de los cadáveres; en el oído por las blasfemias, en la vista por la presencia de su afligida Madre y del discípulo amado. Todo esto es verdad, pero estos dolores fueron particulares, y fueron cayendo gota á gota sobre el Redentor, pero cuando fué clavado en la Cruz, pudo Jesús decir á su eterno Padre: *Omnes fluctus tuos induxisti super me*. Enviaste sobre mí todas las olas de tu furor. No hubo miembro de su cuerpo exento de dolor; no hubo potencia de su alma libre de aflicción; allí llegó al alta mar de la pasión, y la tempestad le sumergió en los abismos de la amargura.

No separemos hoy nuestra vista de la Cruz; consideremos atentamente el principio, el desarro-

llo y el desenlace de la sangrienta tragedia del Calvario. Jesucristo crucificado, hé aquí toda nuestra ciencia, toda nuestra salud, toda nuestra gloria.

—
¿Qué significa ese ruido, ese tumulto, ese estrépito que se oye en los templos, terminado el oficio divino? La Iglesia nuestra Madre quiere representar á nuestra vista los gritos de rabia, las horrendas blasfemias, las impías careajadas, las burlas sacrilegas, las voces de ira, de furor y de sangre con que llenaban el espacio los sayones, los verdugos y un populacho desenfrenado, al conducir cargado con la Cruz al Salvador del mundo, al monte Calvario donde va á morir por la salud del género humano. ¡Qué espectáculo se ofrece á nuestra consideración! Séame lícito exclamar con S. Cipriano (1): *Para que el mundo viva, la vida de todo el mundo va á ser crucificada en afrentoso patíbulo*.

Así que llegaron al monte, los verdugos y sayones se arrojaron sobre Jesús, como se lanza el lobo sobre el inocente cordero, le arrancaron las vestiduras, y como la túnica inconsútil estaba pegada á las llagas y á la sangre con-

1 S. Cip. Symb. ap.

gelada de las heridas, es indecible el dolor que sufrió Jesús, toda vez que se renovaron todas las heridas, según afirma S. Lorenzo Justiniano (1). Después de arrancar con violencia las vestiduras, extienden al Salvador en la Cruz. El divino Isac, viéndose colocado en el altar de la Cruz como víctima expiatoria de los pecados del mundo, no opuso la menor resistencia, no exaló la menor queja, antes bien sumiso y obediente á la voluntad del Padre, manso y humilde; «*como el corde-ro bajo la mano del esquilador*» (2) ofreció á los verdugos el brazo derecho. Al punto tomaron los martillos y los clavos, y con golpes fieros clavaron la mano en el leño. Era el clavo no agudo, sino romo, y rompió las arterias, los huesos, y los nervios que fueron hundidos en el agujero de la Cruz. Con la misma crueldad clavaron la otra mano, de manera que rotos los nervios y arterias, inflamáronse los brazos, causando á la inocente víctima dolores acervisimos.

Pero ved otra escena mas cruel y trágica. Clavadas las manos, los verdugos pasan á clavar los piés, y como estos no llegaban

al agujero, toman cuerdas, atan los piés y con una violencia inhumana, los extienden y estiran hasta colocarlos en el agujero. Con esta bárbara violencia, se dilataron las heridas, y los nervios de las manos y brazos así como los huesos saliéronse de su lugar. Afirma Juan Sanspergio que las manos fueron clavadas con veintiseis golpes, y los piés con treinta y seis, de manera tan cruel que la Santísima Virgen al oír el primer golpe cayó desmayada y no levantó los ojos hasta que su amantísimo Hijo fué elevado en la cruz. ¡Oh! Si la Madre cayó exánime al oír el primer golpe del martillo, ¿qué dolor no sentiría su Hijo? Entonces se realizó el anuncio profético del Vate coronado: (1). *Taladraron mis manos y mis piés, y contaron todos mis huesos.* Y comenta San Bernardo (2): Tan extremada fué la tensión de derecha á izquierda, de arriba á abajo que sufrió el cuerpo sacratísimo de Jesús que timpanizada la piel, fácilmente podían contarse todos sus huesos.

Este es el principio de los dolores. ¿Quién puede expresar ni aun concebir el tormento que su-

1 De triumph. Christ. ag. cap. 16.

2 Gen. 22.

1 Psalm. XXI.

2 Lib. de Pass. Dom. cap. 7.

frío el Redentor, al ser levantada la Cruz y colocada en el agujero de la roca? Contemplad pendiente ya de la Cruz aquel cuerpo hermosísimo sobre todos los cuerpos, ahora afeado, herido, cubierto de sangre, de llagas, y cardenales. Movía el Señor la cabeza de un lado á otro, y no encontraba donde apoyarla para descansar. Si la apoyaba en la Cruz, las espinas punzaban con penetrante dolor; si la tenía al aire, sin apoyo, sentía cansancio y desmayo; si la apoyaba sobre el pecho, se hinchaban los ojos, y le faltaba la respiración. Ninguna parte del cuerpo, ningún sentido, ninguna potencia espiritual careció de acerbísimo dolor, afirma San Gerónimo (1).

No hay muerte mas dolorosa que la muerte de los crucificados porque es lenta y prolongada. Como las heridas de los clavos se realizan en las extremidades del cuerpo, muy distantes del corazón, la muerte se prolonga, la agonía es cruel, y el crucificado espira por desmayo, por la fuerza del dolor. Además, como la crucifixión tiene lugar en las partes mas nerviosas y sensibles (2) ¿quién puede ni aún concebir la

intensidad del dolor sufrido por Jesús en las tres horas que estuvo clavado en la Cruz? El mismo lo expresó en sus revelaciones á Santa Brigida, diciendo: *No tenía otro sosten que los clavos. Mi corazón estaba lleno de dolor, que se trasmilita á los nervios y de los nervios al corazón, y así recibía incremento y la muerte se prolongaba.* Y esto se comprende sin dificultad; porque si el Crucificado, en busca de alivio, se apoyaba sobre los piés, sentía en ellos indecible dolor; si quería sostenerse de las manos, nuevos suplicios experimentaba en ellas, de modo que allí donde buscaba lenitivo solo encontrar podía nuevo dolor y tormento. ¿Y qué diremos de los dolores internos del espíritu que igualaban ó sobrepujaban los tormentos externos del cuerpo? ¿Qué luto no cubriría el alma santísima de Cristo, al verse condenado á una muerte tan cruel como ignominiosa? La muerte de Cruz, dice el Crisóstomo, es infame y maldita, segun aquella frase: *Maledictus qui pendet in ligno.* Los mismos gentiles miraban con tal aversión este género de muerte que el historiador Tácito, calla su nombre y le llama *supplicio de los esclavos. Sumptum de eo supplicium in servilem modum.* Y cristó que venia á borrar con su

1 Apud Speranz. de Passion. Dom.

2 Thom. S. 3 par. q. 31 art. 6.

sangre toda servidumbre, padece como un malhechor y es condenado al suplicio de los esclavos.

¿Qué dolor no sentiría su hermoso corazón al verse colocado entre dos ladrones, abrevado con hiel y vinagre en los ardores de una sed horrible, y puesto como blanco de contradicción? ¿Quién puede saber hasta dónde herían el corazón de Jesús aquellas burlas, irrisiones y bufonadas de los escribas y fariseos? De tal manera afligían estos oprobios al Hijo de Dios que, inclinando la cabeza, dió permiso á la muerte temerosa de ejercer su imperio sobre el autor de la vida; porque es cierto que Jesús no murió en fuerza de los tormentos, sino de propia voluntad. En las revelaciones de Santa Brígida, aprobadas por el Concilio de Basilea, se lee que en el instante de la muerte, el corazón de Cristo se rompió á la violencia del dolor, y el Autor de la vida, inclinando la cabeza espiró.

Después de 40 siglos de expectación, sonó aquella hora dichosísima, la hora más célebre que han visto los siglos, hora solemne, sacratísima en la cual se consumó el más grande de los misterios, hora preñada desde la eternidad en los consejos eternos para obrar la redención del hom-

bre, la reconciliación del cielo y de la tierra, y la salvación de las naciones.

Reconciliado el mundo con el Eterno Padre, vencido el pecado, encadenado el demonio, instituidos los Sacramentos, cumplidas las figuras y los vaticinios, el Unigénito del Padre que por nosotros y por la salud del mundo se hizo hombre, obediente hasta la muerte, para consumir el plan eterno de la redención humana, á las tres de la tarde, en la cumbre del monte de las Calaveras, inclinando la cabeza, espiró. El Dios inmortal, muere en patíbulo de afrenta. ¿Quién no se llena de asombro y estupor? El que dió vida á todos los seres, aquel por cuya virtud vive todo lo que tiene vida, ha dejado de vivir. ¿Quién no se avergonzará de vivir en el pecado y en el vicio? Levanta, hombre los ojos y contempla al Hombre Dios pendiente de la Cruz. Compadécese el sol porque se oscurece. Compadécese la luna y las estrellas, velando su resplandor, las rocas abriéndose, los montes temblando, la tierra estremeciéndose y hasta las piedras haciéndose pedazos. Compadézcase el hombre, y aprenda á estimar el precio de su redención como aconseja San Gregorio. *Dignius honorandus est ab hominibus quanto*

magis ab hominibus indigna suscepit.

Jenofonte refiere que entre los cautivos de Ciro habia dos esposos de noble presencia y llamándolos un día el poderoso monarca, preguntó al esposo qué daría él por la libertad de su esposa.

Yo daría gustoso mi vida, respondió el interrogado. Tanto agradó al Rey tan generosa respuesta que les otorgó la libertad. Al regresar á su patria, iban los esposos llenos de contento y regocijo, conversando en animado diálogo, y el esposo preguntó á su consorte diciendo: ¿No ha llamado tu atención la riqueza y magnificencia del palacio del Rey? Nada he visto, replicó la reconocida esposa, porque no he separado mis ojos de aquel que dijo: Yo daría mi vida por la libertad de mi esposa. Tomad lecciones y ejemplos de los ejemplos y lecciones de esta bella historia. No apartéis los ojos de Jesús, vuestro generoso Libertador.

No te olvides, hombre, de tu Redentor, antes bien en todo tiempo, en todo lugar, en todas tus necesidades, acuérdate del martirio de tu Salvador. Si te acomete la tentación, mira á Cristo crucificado, y despues de contemplar sus dolores lucharás hasta vencer el pecado que re-

nueva sus heridas y su Pasión. Si sientes los estímulos de la carne, mira á Jesús en la Cruz, y verás curadas las mordeduras de la serpiente como los judíos á vista y por virtud de la serpiente de metal. Si te cercan las angustias y la tribulación, mira á Jesús crucificado, y verás que tus padeceros, comparados con los de tu Salvador, vienen á ser como una gota de agua comparada con la inmensidad del Oceano.

Si desfalleces en las luchas de la vida, pon los ojos de tu alma en la Cruz, y cobrarás brío para luchar de nuevo porque ella es signo infalible de triunfos infinitos y medio seguro para lograr la corona de la gloria, Amen.

Fortaleza y admirable serenidad de un gran mártir del deber,

TOMÁS MORO, DE INGLATERRA.

Sabido es el trágico fin que cupo al gran canciller de Inglaterra Tomás Moro, reinando Enrique VIII.

Este célebre hombre de Estado, historiador y teólogo inglés, nacido en 1480 y decapitado en 1535, fué individuo del Parlamento y entró luego en el Consejo del rey, y por fin obtuvo la dignidad de gran canciller.

Fué este insigne varón, de prudencia consumada, de santas costumbres y dotado de gran sabiduría, y aunque grave, de suaves y graciosas maneras. Su vida

es digna de ser recordada. Entre los muchos hechos graciosos de su vida, vamos á referir algunos.

A poco de haber sido nombrado consejero regio Tomás Moro, el Cardenal Volseo, que era presidente del Consejo, propuso á aquel Cuerpo, que seria bueno que el Rey nombrase un condestable general y supremo que representase la persona del Rey, aspirando sin duda Volseo á esta dignidad, sabiendo que gozaba de la mas omnimoda confianza del Rey. El Consejo se hizo en pleno, constando de los duques, condes, caballeros y señores principalísimos del reino. Ni uno osó contrariar al Cardenal por temor de ofenderle. Tomás Moro estaba sentado en el último lugar y hubo de emitir su juicio y habló en contra de lo propuesto con tan gallardas razones y tan bien fundadas, que hizo vacilar al Consejo en la resolucion y decreto que ya casi estaba hecho. No podia contenerse el presidente, que creia conveniente la resolucion á su favor, y dirigiéndose á Tomás Moro, le dijo:

—¿No os avergonzais de querer saber mas que estos señores prudentísimos, siendo vos tan inferior á ellos en dignidad y bajo todos los respetos? En esto manifestais vos el poco sentido práctico y vuestra estulticia en el parecer tan singular que emitís.

Respondió Moro tranquilamente:

—*Debemos rendir infinitas gracias á Dios que en este Supremo Consejo el Rey no tenga mas que un solo loco.*

Nada mas; y el Consejo suspendió la resolucion y no se volvió á hablar mas de tal condestable.

Cuando mas adelante dimitió la dignidad de gran canceller y dejó á Londres para dirigirse á su pátria, no habiendo participado á nadie su resolucion, entró en la iglesia mientras se cantaban Vísperas, y finido el oficio, se acercó á su esposa y la dijo, como solia decirle á él alguno de sus servidores cuando querian volver á casa:

—*¿Gusta V. S. volver á casa? el señor canceller ya ha marchado.*

Ella miraba á su marido y como ignoraba que no fuese canceller, respondió:

—V. S. se burla de mi y quiere divertirse.

—No; replicó seriamente; el señor canceller ha partido ya, no está aquí.

Maravillóse su esposa de este lenguaje, hasta que por fin entendió el secreto, y el marido la explicó lo sucedido y la consoló. Quiso darla á entender con aquellas palabras el poco caso que hacia de aquella dignidad, aunque era en el reino la mas elevada despues de la del Rey.

Las causas de su renuncia fueron el no querer tomar parte en las reformas eclesiásticas, el no querer reconocer la supremacia del Rey en materias religiosas y el negarse á aprobar el divorcio del mismo rey Enrique VIII con la reina Catalina de Aragon y el concubinato con Anna Bolena, que tampoco pudo aprobar el Papa, á pesar de amenazar la gran cuestion de Estado que sentó la Protesta en aquella infortunada isla de los santos.

Cuando por orden del Rey fué sujeto á un juicio, de que salió condenado á muerte, ejeculándose la sentencia en Lóndres, el custodio principal de la cár-

cel, que era noble y caballero y con el cual se sentaba en la mesa, le dijo:

—Dispensad si el manjar os pareciere menos digno de vuestra persona.

A lo que contestó el insigne encarecido:

—Si alguno no se contenta de este tratamiento, V. S. lo quite de aquí como indigno de habitar en este sitio.

Cuando por orden real se le sujetó á mayor estrechura y se le trató con mas rigor y se le quitaron los libros y el poder escribir, entonces cerró las ventanas y estaba completamente á oscuras.

Interrogado por qué procedía así, contestó:

—Porque quitada la mercancía y los instrumentos del arte, se cierra la tienda.

Cuando estaba para subir al cadalso para ser decapitado y dar su sangre y su vida en testimonio de su fé y de su inocencia, rogó á uno de los circunstantes que le alargase la mano y le ayudase, y añadió:

—*Ayúdame á salir, que para apoyarme no daría este fastidio á nadie.*

Cuando el verdugo, como de costumbre, le pidió perdon de la ejecucion que iba á realizar en su persona, le contestó.

—*Os compadexco pues que teniendo yo el cuello corto, no podreis honraros mucho en mi decapitacion.*

Mientras estaba en la cárcel, iban en tropel toda clase de personas y de gran importancia, y aun de parte del Rey, persuadiéndole de que aprobase el divorcio; otro le rogaba con gran instancia que mudase de parecer y no fuera tan tenaz; y como no le decia en qué debía mudar de parecer, respondió, por pura

broma ó por apartarse de sí el importuno:

—Así lo he pensado, ya he mudado de parecer; ahora haré muy diferente-mente de antes.

Satisfecho el buen hombre y con gran alegría, le dijo que perseverara en ese cambio de resolucion; y fué á contárselo al Rey, el que, creyendo ser verdadero el hecho, le envió decir que S. M. tenia gran contento en saber su resolucion.

Volvió él mismo á la cárcel, y al verle, Tomás Moro le dijo:

—¿Conque habeis referido al rey las palabras que familiarmente nos cambiamos aquí?

—¿Y por qué no, sabiendo que el Rey tendria gran gusto en saberlo?

—Debiais entender un poco mejor mis palabras antes de llevar la embajada al Rey, le contestó Tomás Moro.

¿Cómo! ¿No hablasteis claro y sin ambigüedad, al decir que habiais mudado de parecer?

—Sí, contestó Tomás Moro; verdaderamente he mudado de parecer, y os hubiera dicho en que, si hubiérais tenido paciencia de esperar. Del negocio del matrimonio del Rey no os he hablado palabra.

—Pues ¿en qué habeis cambiado de parecer? dijo el otro.

(Continuará.)

